

Bocamina

Periódico de la minería nacionalizada del Estado Plurinacional de Bolivia
CORPORACIÓN MINERA DE BOLIVIA

La Paz, junio 2017 / año 7 / Nro. 61

POESIA MINERA

Antología





www.comibol.gob.bo
mail: bocaminabolivia@gmail.com



Bocamina Comibol Bolivia



Bocamina COMIBOL

PRESENTACIÓN

De los gloriosos campamentos mineros de Siglo XX y Catavi, parecería que han quedado sólo los paisajes del olvido; pero no es así. En sus recónditas callejuelas serpenteantes y en los pliegues montañosos de sus colas, descartes y desmontes, no sólo quedan los escombros de la explotación, sino el halo cálido de sus luchas que con sus luminosos resplandores aun nos acompañan señalándonos el camino de lo que debe ser.

Es que las cosas que han pasado en estos parajes nos son pocas ni de menor envergadura. A muchas de ellas, la historia los ha recogido porque son los que le dan sentido a lo que ha ocurrido en la patria. Pero también han quedado cosas que cuando con ellos nos topamos, queman y nos recuerdan de cuál es el sendero abierto por ellos y que hoy hay que continuar.

Una de ellas es aquello que fue recogido como verso sangrante, y que ahora se convierte en respiración y aliento de esperanza. Tiene la cualidad de incrementar la fuerza de los ideales, porque no es una simple ayuda memoria como a la que estamos acostumbrados; todo lo contrario, es la simiente que perpetúa al ser de pensamiento consecuente, para que los de hoy, sean así como lo fueron aquellos seres de botas y guardatojo llamados mineros de Catavi y Siglo XX. Aquellos son la simiente, nosotros los portadores de aquello que ellos fecundaron.

Uno de esos hombres, que fue niño que corrió por el campamento como por su propia casa y va a la escuela; el joven que ve pasar a los mineros; compañeros de su padre y que observa cómo participa su padre (Irineo) en varios ampliados y congresos donde el debate es lo que sella la conciencia, porque él tendrá como impronta de su vida.

Ese joven, hombre ya, recoge como conciencia materializada en ritmo secuencia y poesía que le dan sentido a la mirada y lo que la epidermis siente y toca.

Ese es el manojo de poemas que arracimado en un pequeño gran libro la Universidad Siglo XX lo publica. Es el tiempo en que José Pimentel Castillo fue Director de F.P.S.

A esa publicación agregamos un poema que no puede estar fuera de este libro. Es un poema que el Che; nuestro querido Comandante Ernesto Guevara, a su paso por Bolivia en 1953 escribiera. Ese poema deja sentir en cada palabra los acontecimientos que le impresionaron: Nacionalización de las Minas y Reforma Agraria. Milicias Armadas, fusiles y dinamita.

Esta es la segunda edición de aquel poemario que debe quedar como parte del 50 aniversario de la Masacre de San Juan y de la muerte del guerrillero heroico.

Edgar Ramírez Santiesteban
DIRECTOR NACIONAL
ARCHIVO HISTORICO DE LA MINERIA NACIONAL DE LA COMIBOL

A los Mineros de Bolivia

Ernesto Guevara de la Serna
Argentino-cubano.

En un 9 de abril.

Es el trueno y se desboca
con inimitable fragor.
Cien y mil truenos estallan,
y es profunda su canción.
Son los mineros que llegan,
son los mineros del pueblo,
los hombres que se encandilan
cuando salen al sol,
y que dominan el trueno
y aman su recio fragor.

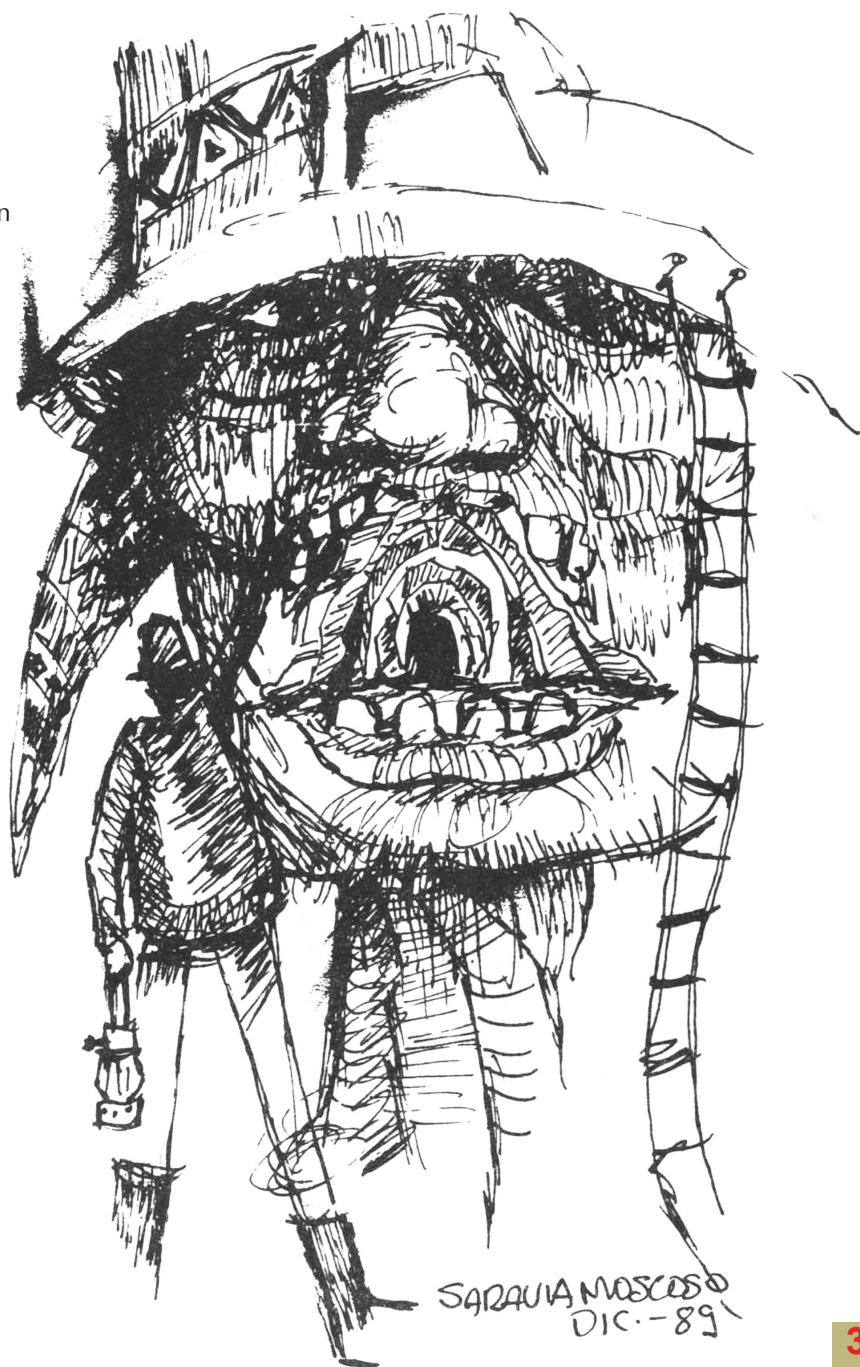
¿Que la metralla los siega
y la dinamita estalla
y sus cuerpos difunden
en partículas de horror,
cuando llega alguna bala
hasta el ígneo cinturón?

¡QUÉ IMPORTA!

Es el trueno y se desboca
con inimitable fragor.
Cien y mil truenos estallan,
y es profunda su canción.
Por la boca del trueno
Se oye volar el valor.

Son los mineros de acero,
son el pueblo y su dolor.

Salen de una caverna
colgada en la montaña.
Son enjambres de topes
que llegan a morir
sin miedo a la metralla.
Morir, tal la palabra
que es norte de sus días;
morir despedazado,
morir de silicosis,
morir anemizado,
morir lenta agonía
en la cueva derrumbada.



ESTAÑO

Luis Mendizábal Santa Cruz
Boliviano

La bocamina se traga hombres,
más hombres, muchos hombres.
La boca negra que con dientes verdes,
De filón y de veta,
Tritura los débiles pulmones
De los mineros fuertes.

Un mechero de sebo. Coca.
El cansancio rebalsa de los ojos.
Pero no importa. ¡Adentro!
Perforar la tiniebla. Y la roca
Y perforar también la propia vida
Entre chirriar de hierros y gargantas.

Después...
Estaño. Más estaño. Mucho estaño.
Para que Mister Jackson y Miss Mabel
Vayan a Yanquilandia.
A bailar en los Clubes de treinta pisos
Y beber whisky en tazas de café.

ELEGIA A MI NACIMIENTO

Walter Espinoza Barrientos
Boliviano

Yo nací en Catavi
dicen que en abril
con dolor
y sin padre;
solo
doliéntemente solo,
sobre duro cobertor de ovino
degollado
el año de las cucharas muertas.

Yo nací en Catavi
dicen que en otoño
con llanto
y sin padre;
solo,
sufrientemente solo
el año en que todos los ciegos
pobres
tocaban su violín
sobre una cuerda
la hora de los responsos

Yo nací en Catavi
dicen que en el alero del frío
y sin padre;
solo,
crucificadamente solo
el año de las viudas
tres veces viudas

y de los huérfanos
con su orfebrería de lágrimas.

Yo nací en Catavi
dicen que ensogado
a la pena y sin padre;
solo,
amargamente solo
el año en que se embanderó
mi patria
de brazos sin ortopedia
y muletas
de madero sollozante.

yo nací en Catavi
dicen que con el puñito
cerrado
y sin padre;
solo,
mineramente solo
el año de todos los decesos violentos.

Yo nací en Catavi
por eso llevo sílice
en mis entrañas,
por eso está en mí
de pie el sufrimiento
como estalacmita explosiva
en la sombra.

CARCAJADA DE ESTAÑO

Alcira Cardona Torrico
Boliviana

Nadie más que yo ha de reírse
babeándote mi olor sobre la cara,
mascándote los huesos, los labios y los ojos.

Enovillé tu fuerza en la media pulgada
de tu descuido indio;
¡Pedro Marca!...
arrúgate ahora corazón de coca
y hiérete los pies hasta la cara.

Cinco pelos de barba tenías al llegar,
te trajo el no saber de nada
y empezaste a golpear con ojos ciegos
el fuego de mi entraña.

Yo te di la ubre negra de mi estaño
para sacarte arriba la canalla
desnudándote el hambre,
y hoy está canosa ya tu alma...

¡Te he tullido la risa,
Pedro Marca!

Ahora, bebe el sabor de copajira
y sacude tu sangre congelada,
que te guíe el carburo pestilente
hasta encontrar tu nada.

Molienda, gira y regírale el complejo,
escupe Ingenio, ácido, hipnótico humo, agua,
que tiemble la concentradora de sus huesos
hasta que de su llanto surja mi mañana.

Ardan sus sesos en el horno rojo y
agiganten mi duelo...
¡Pedro Marca!

Arrastra hasta mis muelas a tus hijos,
frescos como llegaste tú, sin saber nada,
que aún siento hambre de tuberculosis
de reír tanto, como río ahora...

¡Pedro Marca!
De montaña me has hecho otra montaña
e igual dentro la mina, que en la ciudad que habites,
¡he de aplastarte con esta carcajada!

MINEROS

Héctor Borda Leaña
Boliviano

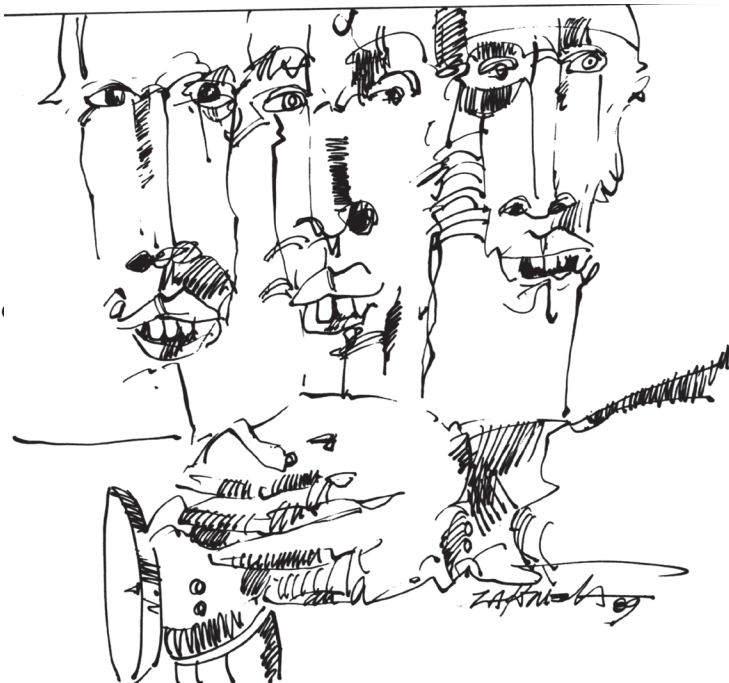
1-

Son como son.
Se anuncian taciturnos,
a veces se miran entre sí sin comprenderse
imprecán por lo bajo,
crispan los puños duros,
imaginan violencias,
contra los rubios capataces del estaño.

Sueños de alcohol de reé... o
En noche dura,
riñón y tabla
en noche dura y duradera;
se duelen para sí
amarrando en la coca sus silencios,
se enredan en su miseria rudamente,
vuelan su sangre pura,
trajinan sus pulmones brozas de mineral.
¡Rosas de fuego lento los consume!

Matan a veces
buscando en los cadáveres su jornal
y se vuelven al mundo desolados
preguntando el porqué del alboroto,
se vuelven hacia Dios,
pisan su sangre pura
que es como pisar a Dios dos veces,
patean en el suelo duramente,
le dan a Dios la espalda castigada
toman del brazo al tío
y se nos pierden
por las entrañas sangrantes de la roca.

Son como son.
Se miran entre sí sin comprenderse
trajinando sus hambres renovadas.
Escupen jugos alcaloides.
Con los hijos al hombro
renuevan su dureza,
duramente imprecán por lo bajo
sus violencias,
Circula un grito sordo por sus venas,
adjetivos enormes los circundan,
tuercen su ceño amable,
amasan su soledad de carne dura,
letales ausencias trepan por sus sentidos
y afloran por sus ojos asombrados.
Son como son.
Idean maleficios
contra los rubios capataces del estaño.



2.-

Y han de hacerse
con bocas clausuradas sus
muertes.
Empaquetándose sus muertes
llegaran
con explosión,
desgaje de cintura,
desfloración
de sueños minerales.

Han de venir sus muertes
con la piedra a la abierta exfoliadura,
con el coágulo vegetal
de una sonrisa hermética
con las vísceras sueltas en el calcio
recién amanecido de sus huesos.

Y han de cantar sus muertes
y han de decir
que se cayeron en un hoyo
pero sabemos que quien al hoyo llega
suele subir más alto
con la muerte.

Han de decir
que reventaron como sapos,
han de imaginárselos
cayendo torvamente
en charcos minerales,
ensayarán sonrisas,
dirán que se acabó,
que se cortó el cordel
por lo delgado.
Dirán: no más.

Terminemos con ellos,
pero embozados de sangre
y de tormenta
se alzarán las rotas alpargatas,
se alzarán los pequeños
embriones del diablo,
trajinarán heridas cotidianas,
revolverán su herida
con un palo,
amasarán sus coágulos enormes
y empinarán de nuevo sus banderas.
Mamanis de calzón, alpargata
y guardatojo;
la tez cobriza, las manos duras
y el cansancio añejo.
Caminaron a ciegas mucho tiempo,
fueron ensayando sus pasos
infantiles
poco a poco,
enterrando sus nombres en la tierra
dejando la impronta
profunda de su muerte,
allí donde nacieron
otros hombres
de donde se levantaron a su tiempo
sus jóvenes huesos
sin anchos horizontes,
sin raíces de tiempo
enlodándose las manos en las charcas
y las charcas pintándose de rojo
con su sangre.

Con látigos de plomo
en las espaldas
degollando palomas de tiempos
minerales,
fueron ensayando sus pasos infantiles,
fabricando su historia rudamente,
domando los serpentarios
de su sangre,
inventando adjetivos
para nombrar a Dios en sus heridas,
para nombrar a Dios en sus patatas,
en su petróleo, en su salitre.
Para salir del hoyo
vaticinando pájaros y molles,
para llegar al pan
con hambres redimidas,
para tomar a los niños
con las manos mansas,
hacerles una caricia dominguera,
revolear al aire una moneda
y afirmarse en la tierra
como un árbol
y afirmarse en la roca como estaño.

Fabricaron su historia rudamente,
haciendo de su sangre
un instrumento,
de sus eternos sueños minerales
pájaros y frutos,
y florecer hacia el sol
en el tiempo preciso
en que un pan colectivo
se retuerza en los sueños
del niño y del obrero.

3-

Estaños inmaduros,
complejos rosicleres,
tiernos cobres con el salario
de apenas medio día
crecieron como llamaradas
quemándoles las manos.

Después,
sus ojos se volvieron a la raíz
profunda de la herida.
¡Cómo se adormecieron las caobas!

¡Cómo las culebras de los trigos
mordían terrosas soledades
en las catástrofes rocosas!

Estaños inmaduros
de hondos cauces creciendo en cada huelga.
Capataces de pétreas salamandras
Orillaban el hambre
en las eléctricas crispaciones
de unos panes amargos.

Un amargo sudor les manchaba la sangre,
una espina de frío les mordía las carnes.

Potros de estaño con raigambres
de muertes verdaderas
cabriolaban en la casta crispación
de los jornales.

Cuánto penetrarse y deshacerse
en las secas entrañas de la roca,
cuánto exudar saliva,
cuántas cicatrices desveladas
por encontrar la materia misteriosa.
Los sémenes
se sumergen en las negras raíces de la noche,
y cómo vuelan coleópteros salvajes
en torno al hambre y la miseria,
y cómo los ásperos líquenes invernales
fisuran los cimientos de los Kalasasayas
y los doblados caminos del amauta.

Un calcular, un deshacerse y un volverse
a encontrar por dentro
en las ásperas rocas ancestrales.
Un caminar por mitimaes,
inti raymis,
ayllus, invasiones.
Un desangrarse en látigo y en coyunda,
un imaginarse nuevos rumbos
en las venas ardientes del banano.
Un hacer y deshacer,
perennes los cabestros de la tierra,
fuertemente ligada la sangre de los hombres
a la roca impenetrable y duradera.

Un levantarse en huiphalas y macanas,
abandonar los tallos,
el virginal rastrojo
que cuece las patatas,
los canales de los foscros designios
de las noches,
un arremeter pucaras y fortines,
un lanzar por hondas libertarias,
fuertes chasquis de muerte.
Un sacrificar los jugos de la vida
a la vieja y tierna Pachamama.

Un trajinar milenios
para enterrar las sagradas corrientes de la vida
y volver de nuevo
al salario de huelga y barricada.

4.-

Cómo les duele la sangre,
cómo se doblan en nudo las entrañas,
cómo el pan retorna al tiempo del madero,
cómo los días suceden a las noches
y las noches suceden a la herida.

Cómo les duele trajinar un meridiano
de duros tábanos invernales,
los maderos al hombro
y el bronco mineral cavando las ojerías
de los niños mineros,
que ni carne ni arroz
ni la migaja entera

pueden apagar la voz del hambre cotidiana.

Cómo les raja el frío la piel
que heredaron del abuelo,
cómo un frío ancestral les tiembla
en los cabellos,
cómo el estaño duro les restaña
las heridas
y los dolores vuelven
por las bocaminas de las radiografías.

Cómo tiembla la roca desflorada.
Cómo se prenden los gajos de las rocas
a la entraña del hombre
y sin embargo sienten en la garganta
un globo mineral salino de esperanzas.

Cómo está ausente en todo
la sonrisa vital de las mañanas,
con un aire paterno que ensanche los pulmones
y un trigo candeal madurando
su espiga
elemental y cotidiana.

Qué ganas de sentarse
en el límite exacto de la muerte y el hambre
y dejarse venir los sueños insondables
anudando la herida solemne de la coca.

Qué ganas de abrirse en las huiphalas
y por las venas ardientes de la veta,
florecer hacia el sol
en las blancas auroras augurales,
para estrujar a grito abierto
la espina dorsal del privilegio.

Cómo les duele la sangre,
cómo se doblan en nudo las entrañas,
cómo la herida retorna en bofetada,
cómo los golpes se tallan en la muerte,
cómo la muerte misma
es empezar de nuevo labrando las heridas,
las antiguas heridas,
las sempiternas heridas
del minero.

PEQUEÑA MUERTE

Héctor Borda Leño

Boliviano

Al pequeño rumphero que se
murió en la mina.
Ha muerto
y su cadáver todavía sigue
con temblorosos huesos, esperando
la cortina metal de la neblina
que en horizonte gris de camanchaca
se derrama licuada por la falda del cerro.

Fue sin querer,
apenas sospechaba la luciérnaga vil
que se encendió en la veta,
apenas se acercaba en curiosa actitud,
sin desenfreno.
con la mano tendida,
como en las tardes se allegaba a su madre
a recibir el plato sub-nutricio
cuando la muerte le llegó de súbito
como un enorme sol de despavoridos dardos.

No tuvo tiempo de madurar su vida,
no tuvo tiempo de empezar a sentirse en dimen-
sión de golpe,
de salario, de beso,
de espasmo desmedido y clandestino,
no tuvo tiempo de labrar sus ojeras,
con insomnios de padre,
ni amarrarse las vísceras en borrachera sacra
buscando la pajarería nocturna de la coca.

No tuvo tiempo, ni siquiera tan solo
de inventar adjetivos
contra los rubios capataces del estaño.

La muerte le llegó intempestivamente,
sin pre-aviso social, arrebatándole la lumbre de
las sienes
con explosión certera de gajos minerales
y llamas corrompidas.

Ha muerto
y su cadáver todavía sigue
con temblorosos huesos esperando
la cortina metal de la neblina.

MANUEL FERNANDEZ Y EL ITINERARIO DE LA MUERTE

Alberto Guerra G.
Boliviano

VIDA DE ABISMO COMO LA MINA

Manuel Fernández en la mina:
coca y estaño.
Manuel Fernández en la vida:
pan y miseria.

... No quieres venir conmigo
Manuel Fernández
porque te llama el abismo
a cada instante;
has "chispeado el tiro" de tu destino
y te ha estallado el corazón
sobre el estaño.

No quieres salir del "rajo"
Manuel Fernández
porque está lloviendo
en la quebrada
y así prefieres entregar tu vida
a la vieja Pachamama,
una oración, alcohol y cigarrillo
para el "tío".

No quieres venir conmigo
Manuel Fernández,
porque tu vida es un abismo
como la mina.

... Hoy que aún vives sembrador eterno
tienes las manos
prendidas a tu sombra pordiosera
que de limosna pido bendición
al cielo,
y de limosna también
la justicia humana.



Yo no quisiera llegar
Manuel Fernández,
con voz estrangulada y triste
a estrechar tus ansias
entre mis ansias muertas;
hijo de la noche,
sembrador eterno,
no quieres venir conmigo
por encontrar en ese abismo
que tú llamas vida:
la veta más grande
tendida desde tu alma al cielo
y abrazarte a tus pulmones
que son el más rico "filón"
de estaño.

No quieres venir conmigo
Manuel Fernández,
porque te ha crucificado el destino
en tu propia sombra,
sembrador de eternidades.

MANUEL FERNÁNDEZ ESTA EN LA CALLE

Manuel Fernández en la calle:
sol y ceniza.
Manuel Fernández en la noche:
“caja de estaño”.

. . . Yo te llamé un día
sin conocer tu pasado
porque brillaban dos brasas
en tu mirada;

Yo te llamé
porque peleaban en tu sangre
un Cristo bondadoso
con tus dioses de barro turbio
y mal oliente,
y te llamé minero oscuro
porque soñabas ya con esta muerte
material y duradera.

Yo te llamé un día
y te llamo hoy, más,
tampoco podrás venir conmigo
porque te ha robado el tiempo
tu juventud y tu sangre
hechas de piedra y “copajira”;
no podrás venir conmigo
minero loco
porque hay un reloj carcomido
en tu garganta,

Un reloj que nada sabe ya del tiempo
ni le importa su mudanza;
casi hasta olvidas tu nombre
que los años han tejido de nostalgias
para enredarlo en tu cuerpo
como yedra
Manuel Fernández.

La calle ha rescatado tu ocaso
para sembrar en tus hombros
una nueva eternidad de angustia.

Hoy te he visto
dormitar sobre la acera,
brillar como un sol congestionado
-como un diminuto sol
de amianto y chocolate-.

Solitario “cargador” de los mercados
llévate con tu muerte
una carga de luna y de luceros,
en una noche de viernes
contagiada de “khoa”
en la “c’hallá” habitual
de los mineros.

Bebe minero,
bebe también con tu muerte
-bebedor sin tiempo ni retorno-
en el brindis final con Pachamama,
este cielo azul
con sabor a “duraznillo”

LA MUERTE EN MANUEL FERNÁNDEZ

Manuel Fernández en la vida:
sombra y enigma.
Manuel Fernández en la muerte:
Luz y substancia.

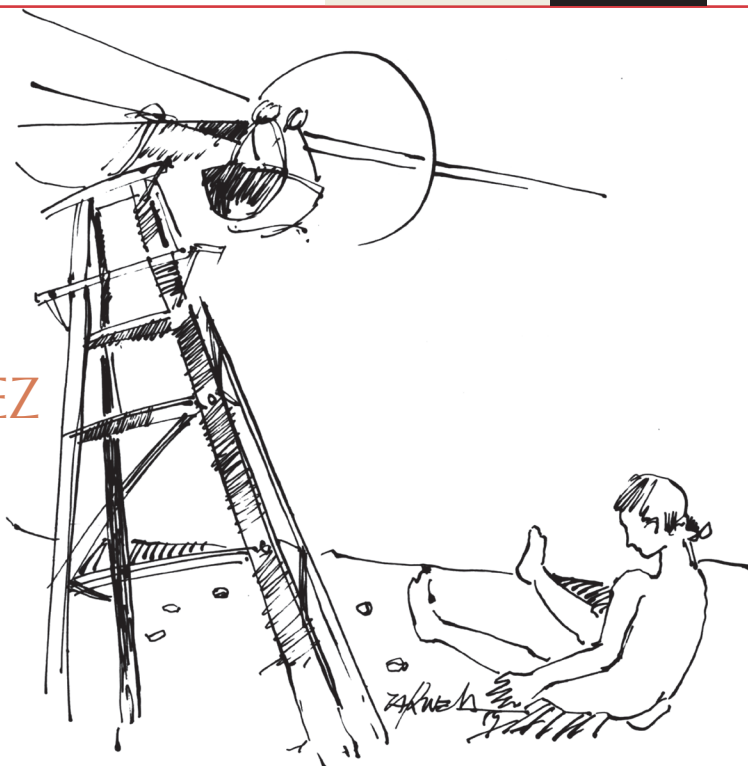
Herido de ansiedad y solo,
preso en soledad
ha muerto Manuel Fernández
trasnochando un hálito de alcohol
transfigurado en el sigilo.

No importa que aún dibuje su sombra
en las veredas del mercado,

No importa que los parajes de la mina
guarden su dolor entre las vetas,
-como guarda la muerte
el secreto de la vida-.

A pesar del latido
que pueda animar aún su lento paso
por los caminos del tiempo,
sin árboles ni relojes
ha muerto Manuel Fernández
inaugurando un canto a la simiente.

Tras el último fulgor del día
con su propia cruz
palmo a palmo alzada en hombros,
desde el fondo del abismo,
desde lo más hondo
de su sombra pordiosera,



Manuel Fernández ha muerto
pisando sus despojos
para ascender de nuevo a la verdad
de donde vino enarbolando estrellas
en los mástiles de la noche.

Nadie conoce este destino
que fue ausencia desde siempre;
nadie por ello piense en una flor
sobre la tumba que no existe
porque Manuel Fernández,
viene y se va de tiempo en tiempo
desgajando muertes cada día.

Vuelve al tiempo
el aire que le dio la vida,
a la tierra el polvo mineral
que le corresponde
y a la vida eterna,
su esencia en contenido vital
reencarnándose en coca, en agua,
en latido augural,
en canto y en olvido.

Manuel Fernández ha vuelto
despojado de sombras, desangrando cauces
porque la vida es un río
que llega hasta la muerte
y que como esquivándole al destino,
en salmos repetidos
nace el hombre en su propia muerte.

LA LUNA NO PIDE PAN

Alberto Guerra Gutiérrez

Boliviano

La luna en el andarivel
es una niña dorada,
Juanita la ha visto
mecerse
y le ha cantado
el arrorró...

La niña ha vuelto
a la casa
para contarte a su mamá
que por las noches la espera
con un bocado de pena,
un bocado de pena
y otro bocado de pan.

—Mamita:
¡la luna en el andarivel!—

La luna es mi niña buena
que por las noches despierta;
despierta la pobre
lunita minera,
despierta y no pide
ni leche, ni pan... —

LEGISLACION SOCIAL

Alberto Guerra Gutiérrez
Boliviano

La madre “palliri”
por ser mujer
ya no debe trabajar.

Río manso,
turbado de ansiedad.

El padre “rentista”
por haber quebrado
sus pulmones,
ya no puede trabajar.

Sombra cercada
por la sombra del dolor.

El por ser hijo
del “rentista”
no puede,
no tiene derecho
a estudiar.

Luciano Villca
tan pequeño y sin pan,
acostumbrado al hambre
ya no sabe llorar ...

TIENES QUE OIRME! ...

Mary Monje Landívar

Boliviana

De tanto llamar a tu puerta
se han quebrado los nudos de mis dedos.
Tienes que oirme.

Sabes?
Soy minero:
un ser que nace,
crece,
se alimenta,
se reproduce y muere.
A veces lo asesinan... cuando grita su hambre.

Esta mujer de voz y lágrima estañada
es madre de mis hijos.
Hace siglos que lleva pollera ensangrentada,
el cuerpo tatuado de sus niños desnudos
que mañana serán hombres descalzos.

Tendrías que llamarme hermano
a pesar del cuarto pulmón que me sostiene de
pie
frente a tu asombro.
Tienes que oirme, sí, tienes que oirme!

Vine con la mita.
Dante minero
ya encontré el infierno bajo la tierra.
La noche de la mina
se traga mi presencia
sin sombra ni huella
y me tiene vagando
en la oscura matriz de la montaña.

Los huesos licuados al calor de la tierra
se van con el agua que me lava... Estampilla
debajo de la veta brillante
que espía mi paso
hablándome desde adentro
con voz de trigo maduro,
de agricultor en pie,
moza de campo y de limón.

Entre callapo y veta
centinela
aguardo que mi aliento retorne
dentro de una piel joven
con mi olor y mi saliva.

Soy copajira
sin angustia ni alegría. Bailando...
domingo de fiesta.
Tendré con alcohol
un pedazo de cielo
con sol hurtando sombra al juguete
que tanto me hizo llorar cuando era niño.

Seré feliz.
Tú,
ellos harán estrellas
con el estaño de sus venas.

Al amanecer
tal vez no quiera oír tu llanto
ni sentir el frío
de los niños cuyas plantas
cabén en mi mano
y decida ser flor,
nube,
o remendar el firmamento
con mi piel expandida con un "cachorro"
encendido en el vacío del calendario gris de mi
destino.

Encontrarás la recibida herencia de mi clase:
un atado de hambre, angustia... soledad...
alborada sin trino.

Vine hasta tu corazón llamándote hermano.

No busques mi pisada
ni te duelas de mis cuencas vacías.
El "tío" de la mina aguarda mi retorno
"tijchando" mis ojos
en el fondo de su llanto sin eco.

No puedo ver tu gesto indiferente
pero sé que has roto el eslabón fraterno
negándome la mano.

No temas. No robaré tu espacio vital.

Retornaré al hambre,
a la noche detenida eternamente
en la misma hora;
a esta ansiedad sin tiempo.

Por eso están mis cuencas vacías,
para que el estaño de mi sangre
no se pierda
en la fría limosna de las ciudades.
Cansado de morir inútilmente,
de hablarte con voz de dinamita,
de maldición, de llanto en acullico,



vine a decirte
—con el poco aliento que me queda—
que tu sangre es la mía,
herencia de mitayo con pulso de Tupaj Amaru.

Debíamos tratarnos como hermanos,
sin tambor en redoble ni metralla.
El pan que comes en tu mesa
está pagado con estaño.
No le pongas sabor de niño huérfano.

Entra en mi angustia y dime:
no es ironía que en nuestra época,
donde se gana el cosmos para el hombre,
existan seres sin mañana?

Muéstrame un minero anciano!
No me tildes de rojo...
Desesperado a veces me aferré
al cañón de un fusil que me extermine.
Fusil, espejo, lágrima sin llanto.
Funeral sin reposo. Entierro a la escondida...

No olvides que de tanto llamar a tu puerta
se ensangrentaron los nudos de mis dedos...

RETIRO VOLUNTARIO

Jorge Calvimontes y C.
Boliviano

CANTO PRIMERO

De haberme atado el alma en la indigencia,
de los metales turbios resumido,
de ser tortura antigua
de la sangre,
de un esperar de ayer que se hace olvido.

Venero a sol y sombra; despedida
de la sonrisa ingenua del anhelo.
Desesperado aullido,
petulancia
y fuego,
si en la azurita pétrea muere el cielo...

Yo fui la imprecación del hambre al rudo
peñasco indiferente de la vida.
Y, polvo en el girar
de un trágico
destino
apenas fui la historia de una herida.

Mi brazo era un barreno hiriendo cumbres
y un callejón de sangre haciendo haluros
llevó al pedrón mi paso,
repetido,
y en mi ansiedad de luz nació el carburo.

CANTO SEGUNDO

He desandado el sueño de mi hombría
Desde la oscura cuenca del silicio.
Mas, yo no vengo a ser
ni lámpara
ni grito
ni antorcha ensimismada en el suplicio.

Me he desprendido atrás de la amargura;
de la pupila opaca de la duda;
y amando lo que amó,
mi vastedad,
mi origen,
he vuelto a ser de nuevo la estatura.

Que no devuelva el viento la esperanza
si no se enjuga el llanto en la inconsciencia.
Retórnece a la sombra
si la angustia
desde el pulmón dolido se hace ausencia.

Yo sé que he de encontrar callado el rezo,
quemado el pan de amor y el vaso ajeno,
mojado el sol del día
y un travieso
afán de ser trigal bordando el sueño.

CANTO TERCERO

Detrás de tí como una sombra tuya,
buscando el pan y el canto, como todos,
siempre a tu lado iré
y si el andar se alarga,
madrugaré en la esquina del recodo

Dejando el cautiverio de mi asombro,
sin traje de domingo, sin sombrero,
tu amigo vengo a ser;
sin lámpara
ni grito
yo vengo a ser tu hermano, compañero.

De extraña parentela –escarabajo-
sobrino del señor de las cavernas;
Carrero en los niveles,
huayakheri,
chivato,
palliri, amancebada con las penas.

Broncero encadenado al negro río
donde el sudor del torso es pan licuado;
sereno de la escarcha,
matapalo,
Aysiri,
nocturno equilibrista en sueño ajado.

CANTO CUARTO

No dejes que me maten los fusiles,
que no florezca el odio en mi regazo.
Yo he muerto cuatro siglos
y un venero
truncó la estirpe núbil de mi brazo.

Yo vengo a ser del trigo y la mazorca
la agrícola fragancia de la harina;
Yo vengo a ser caricia
de agua fresca
y el sol de la abundancia en las sonrisas.

Su nuevo canto enciendan los arados
cuando el barreno duerma en el olvido.
Que el alma venga al surco
y en la acequia
del riego,
del riego de la sangre brote el trigo.

Yo vengo a ser murmullo en la floresta
y en el corcel del viento, una paloma.
Yo vengo a ser la fe
sin lágrima,
sin pena,
simiente de otro fruto y de otro aroma.

LA FOGATA DE SAN JUAN

Jorge Calvimontes y C.
Boliviano

Te lo juro, hermano mío,
yo sólo vine a cantar.

Marinero del ensueño
que escapándose del viento,
a tus puertas se detuvo,
yo buscaba el lirio esbelto,
la amancaya y el maduro
durazno de tus afectos.

No te miento hermano mío,
si digo que en estos dedos
que han adobado la sal,
yo traje para mi pueblo
la espiga del madrigal.

Mi bajel que ha recorrido
los mares de la floresta
y la ensenada del frío,
trajo al alba de tu fiesta,
la ternura y el rocío.

Yo lo juro, hermano mío,
que solo vine a cantar;
pero en Junio se ha encendido
la fogata de San Juan
con la vida de los niños
que un día pidieron pan...

Yo vine a cantar mis sueños,
a decir mi afán de vida;
pero el sueño ha despertado
tinto en sangre y agostado
¡por tu furia, capitán!

¡Habrà chisporroteado el brazo,
crepitado aquel pulmón,
tras la ruta del balazo
que explotó en tu corazón!
¡Ay madre! ¿Por qué encendieron
la fogata de San Juan?
¡Cómo han brillado esa noche
tus galones, capitán...!

Te lo juro, hermano mío,
yo sólo vine a cantar;
pero es tan profundo el río

de la sangre y el metal,
que el ritmo se desvanece
y el hombre quiere gritar.

Ahora dejo en tu regazo
la cadencia de mi verso.
¡Ay madre, en tus manos dejo
mi silencio avergonzado!
La rosa dejó en tu pecho,
la aurora en tu esperar.

Esto que nos han hecho.
¡Ya no se puede callar!

¿Por qué has manchado el rocío
con la sangre, general?

Silencio, silencio niño,
no te vayan a quemar.

Diálogo de un soldado
y un obrero del metal:
“Desgarrado siento mi pe...”
¡Silencio, te estoy matando,
ya no podremos cantar...!

Ha rodeado el campamento
Un escuadrón acechante.
Está ordenando un valiente:
¡Silencio que nadie cante!

“Viva mi patria Boli...”
ra ta ta tac tac,
¡ Ay compadre, te he matado,
no debías protestar...!

El fuego se está apagando,
las piedras van a llorar.
Sigán matando mineros,
Soldados sepultureros
del funeral nacional.

¡Cómo han brillado esa noche
Tus galones, general!

Silencio, silencio y miedo
Sobre el opaco metal.

Me ha preguntado la gente,
si el estaño boliviano
se vende más fácilmente
cuando en sangre está bañado.

¡Antigua la pena, antigua!
Un soldado temerario,
Con su fusil reluciente,
te ha mejorado el salario
destrozándote la frente.

¡Cómo han brillado esa noche
Tus galones, general!

No sé porqué tanta angustia
las lámparas ha quemado
la aurora es siempre mustia
si la vigila un soldado.

¡Ay pulmón, cómo han llenado
tus cavernas con el plomo...!

¡Corazón, cómo han cortado
tu latido aquella noche!

Minero, estás llorando
sobre tu aliento de estaño
y en la casiterita vil
del sueño que te hizo huraño,
la culata de un fusil
te ha devuelto al desengaño.

Te aseguro, hermano mío,
yo sólo vine a cantar:
pero es tan profundo el frío
que ha sentido un general
que es probable que mañana
también nos quieran quemar.
Sucre, junio de 1967



POEMA POPULAR PARA UN 27 DE OCTUBRE SIN POLICIAS

Florencio Tórrez G.

Boliviano

Allá en la plaza del minero están
matando al pueblo.

Duramente equipados
con las metralas
que los yanquis les dieron,
vienen los testafellos
de la V corrompida
derribando palomas
del palomar del cielo.

Allá en la plaza del minero
Están matando al pueblo.

A la una de la tarde
circulaba la risa como vino añejo
y el sol flameaba
tan alto como una bandera,
pero a las 5
ya todo se vistió de negro.

Están matando al pueblo.

Allá en la plaza del minero
un viento
pesado de metales nos cuenta del sueño
de los hombres del Cerro,
pero la muerte
va y viene
prendida a los andariveles
del miedo.

Están asesinando al pueblo.

Desde las cuatro esquinas
de la rosa de los vientos
apuntan los carabineros
con sus fusiles nuevos.

Deparan contra el sol
que despierta sonriente
sobre los techos,

contra la rosa
que habita en el jardín del sueño,

contra las manos de los niños
que tratan de alcanzar el pan nuestro,

contra la luz
única verdad
que ama el obrero,

disparan contra la canción
que habla de auroras
en los charangos fiesteros.

Disparan,
disparan,
disparan a matar
asesinos a sueldo.

Sangra de Cristo el costado derecho
y el sol se esconde no queriendo ver
cómo matan al hijo del pueblo.

Allá en la plaza del minero
están de pie los horizontes.

Despliega la sangre
banderas de fuego,
y muestran las piedras
el puño
violento.

Apuntan los carabineros,
la muerte va y viene
manchando
de pólvora el azul del cielo.

Están matando al pueblo.

La sangre roja como un grito
levanta su estatura
en vertical de enredadera
para entrar en la historia.

Están de pie los horizontes
y muestran las piedras
el puño violento.

La sangre roja como un grito
con sus manos obreras
corre abriendo nuevos senderos
por donde vendrá el pan
hacia las manos de los niños.

Están asesinando al pueblo.

Del Río,
Medrano,
Zenteno,
yacen sobre el duro suelo
con un cabo de aurora
entre los dedos.

Están de pie los horizontes.

Monta guardia guerrera
de luna ampolleta
del catafalco
del cielo.

CANTO A LOS MINEROS DE BOLIVIA

Manuel Scorza

Mexicano

HAY QUE VIVIR ausente de uno mismo,
hay que envejecer en plena infancia,
hay que llorar de rodillas delante de un cadáver
para comprender qué noche
poblaba el corazón de los mineros.

Yo no conocía
la estatura melancólica del agua,
hasta que una tarde, en el otoño,
subí a El Alto, en La Paz,
y contemplé a los mineros ascendiendo al porvenir
por la escalera de sus balas fulgurantes.
¡Cómo olvidar a los obreros
luchando por la vida en los fusiles!
¡Cómo olvidar a los ausentes
combatiendo, de memoria, en los suburbios!

Miré sus casas
edificadas sobre el trueno,
entré a sus vidas como el carbón ardiendo,
toqué sus cuerpos
capaces de contener odio y relámpagos,
cuando era todavía la edad inclinada de sus frentes.

Yo fui a Bolivia en el otoño del tiempo.
Pregunté por la Felicidad.
No respondió nadie
Pregunté por la Alegría.
No respondió nadie.
pregunté por el Amor.
Un ave
cayó sobre mi pecho con las alas incendiadas.
Ardía todo en el silencio.
En las punas hasta el silencio es de nieve.

Comprendí que el estaño
era
una
larga

lágrima
petrificada
sobre el rostro espantado de Bolivia.
¡Nada valía el hombre!
¡A nadie le importaba si bajo su camisa
existía un cuerpo, un túnel o la muerte!

En vano cavaban los mineros
tratando de enterrar su gran fatiga;
durante siglos buscaron sus ojos ciegos en el
metal,
sin saber que en la altura el llanto era neblina,
¡no haberlo sabido me avergüenza!
Porque en las ciudades los poetas
lloran la ausencia nostálgica del aire,
pero no saben lo que es vivir bajo la lluvia,
confundiendo el hambre con la sed,
y la sed con un pájaro pintado.

Yo fui uno de ellos.
Yo no sabía porqué los ríos
se secan en el sueño
y ciertos rostros en los Andes
son puras miradas melancólicas.

Hasta que los mineros,
cansados de tener una sola vida para tantas
muertes,
domesticaron truenos,
nutriéronse de piedras,
bebiéronse las lluvias,
rompieron con sus manos la jaula de la vida.

En La Paz.
Era otoño,
Recordadlo,
era otoño.
Velad por los muertos -recordadlos-.

La sangre derramada
-era otoño-
es el oído secreto de la tierra
-en el otoño-
y a través de su silencio
-era otoño-
Descifra la raíz el idioma futuro de las flores
-en el otoño-
y el aire siente que su cuerpo
-era otoño-
acaba en verde campanada.
Recordadlo.

Ya lo véis desde la altura.
Aquí empieza
la dinastía sucesora del rocío.

A mi patria rota me voy.
Más antes de partir, decidme, mineros:
¿Cuándo veré esta luz en los ojos de América?
¿Hasta cuándo jugarán a los dados
la túnica sangrienta de mi patria?

Oh, hermanos, rui señores verdaderos del metal,
¡prestadme vuestra muerte para edificar la vida!
México, abril, 1952

LOS MINEROS SALIERON

César Vallejo

Peruano

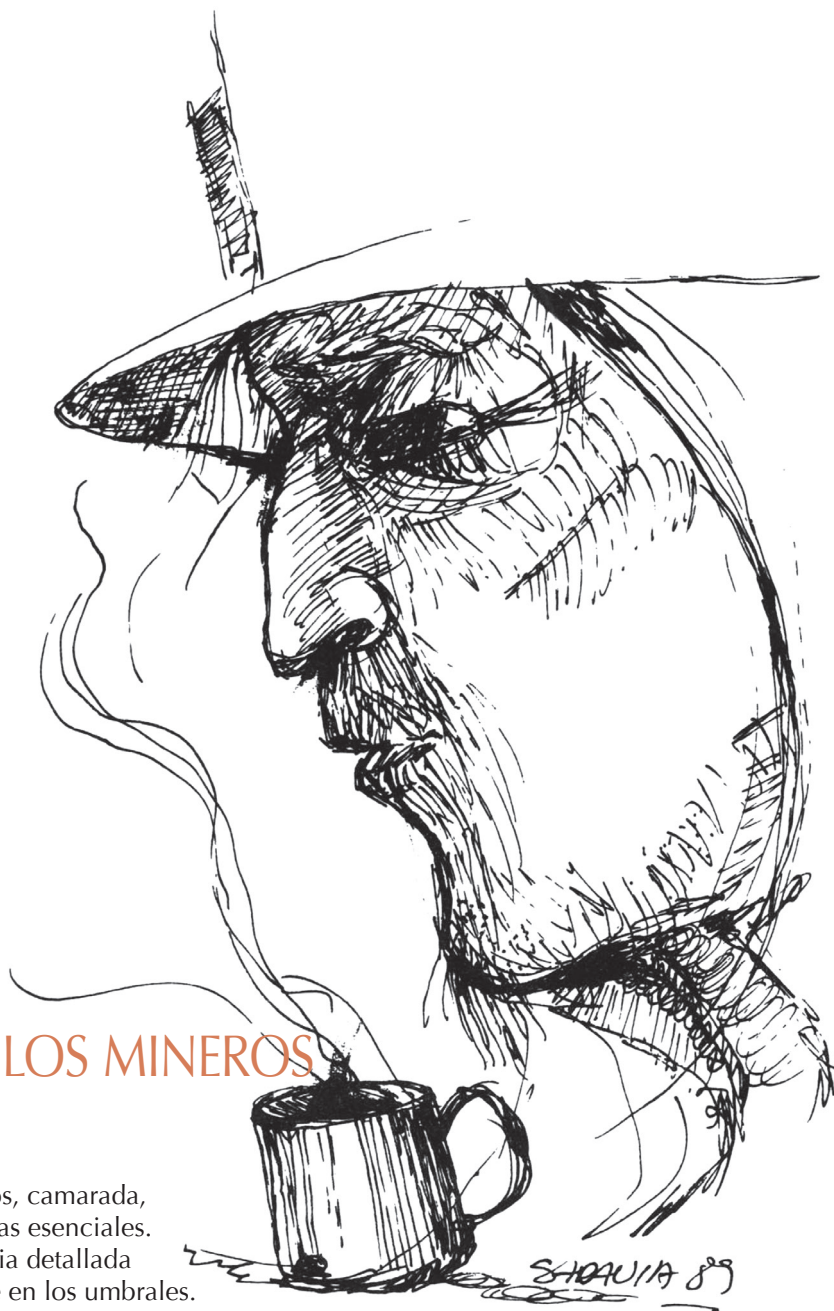
Los mineros salieron de la mina
remontando sus ruinas venideras,
fajaron su salud con estampidos
y, elaborando su función mental,
cerraron con sus voces
el socavón, en forma de síntoma profundo.

Era de ver sus polvos corrosivos!
Era de oír sus óxidos de altura!
Cuñas de boca, yunques de boca, aparatos de boca
(Es formidable)

El orden de sus tómulos,
sus inducciones plásticas, sus respuestas corales,
agolpáronse al pie de ígneos percances
y airente amarillura conocieron los trístidos y tristes, imbuidos
del metal que se acaba, del metaloide pálido y pequeño.
Craneados de labor,
y calzados de cuero de vizcacha,
calzados de senderos infinitos,
y los ojos de físico llorar,
creadores de la profundidad,
saben, a cielo intermitente de escalera,
bajar mirando para arriba,
saben subir mirando para abajo.

Llor al antiguo juego de su naturaleza,
a sus insomnes órganos, a su saliva rústica!

Temple, filo y punta, a sus pestañas!
Crezcan la yerba, el liquen y la rana en sus adverbios!
Felpa de hierro a sus nupciales sábanas!
Mujeres hasta abajo, sus mujeres!
Mucha felicidad para los suyos!
Son algo portentoso los mineros
remontando sus ruinas venideras;
elaborando su función mental
y abriendo con sus voces
el socavón, en forma de síntoma profundo!
Llor a su naturaleza amarillenta,
a su linterna mágica,
a sus cubos y rombos, a sus percances plásticos,
a sus ojazos de seis nervios ópticos
y a sus hijos que juegan en la iglesia
y a sus tácitos padres infantiles!
Salud, oh creadores de la profundidad!...



SI SE VAN LOS MINEROS

Coco Manto
Boliviano

Si se van los mineros, camarada,
aquí se rompen cosas esenciales.
Ellos foijan la historia detallada
del futuro que sigue en los umbrales.

Porque si ellos se van no queda nada
de la antigua costumbre de ser leales,
incluso si la mina está agotada
los mineros se vuelven minerales.

Si se van los mineros se degrada
la dignidad y viene la algarada
de los milicos y los bedregales.

Si se van los mineros, camarada,
se quedará la Patria despojada
de historia, dignidad y minerales.

RADIO MINERA

Coco Manto
Boliviano

Cuando el obrero se hubo convencido de
que ser libre es estar informado,
socializó su voz y dio sentido
al poder de su eco multiplicado.

La emisora minera es el sonido
y la primera opción del pueblo alzado,
palabra liberada, un comprendido,
o desangrada en un asalto armado.

Las radios comerciales son ajenas
a la suerte del hombre y sus cadenas
trafican fórmulas de abracadabra.

Otra es la onda de la radio minera
que hizo de la voz una alta bandera
en la ancha libertad de la palabra.

EL MINERO

(Anónimo 1907)

(Reimpreso a solicitud de varios mineros)

Rosa, vida de mi vida,
Única esperanza mía
Sois para mí más querida
Que un cajón de Brozaguía.

Tus labios de canutillo
Tus ojos de negra lisa
Tus cabellos millma-barra,
Aire puro tu sonrisa.

De la llauca de tu pecho
Al frontón de mi pasión
Se ha abierto en barreno estrecho
Bella comunicación.

No la interrumpa la aisa
De algún otro ajeno amor,
Hay que formar un poteo
Como fiel resguardador.

No se vuelva quijo fuerte
De tu pecho la blandura
Ni cubra por el olvido
Ningún manto de espesura.

Al golpe de mi martillo
Desde el tope del frontón
En mil suspiros te envío
Cubierto mi corazón.

Cuando el minero se cansa
Y en su soledad suspira
Oh! su vida es más amarga
Que el agua de copajira.

No el humbe oscurezca el tuyo
Para causarme dolor,
Ten resignación y alumbra
Con la mecha de tu amor.

La chapaleta en tu pecho
Siempre cerrada ha de estar
Mientras yo esté de dobla
Nadie pueda afrontar.

Quiero contigo esta noche
Hablar de nuestra pasión
Para que según las obras
Saquemos la explotación.

Es decir tomar el rumbo
Hacia la Iglesia y marchar,
Y formando punta doble
Nuestras manos estrechar.

En el frontón de tu pecho
Donde trabaja mi amor
Hey de formar callapeo
Como fiel resguardador

El trabajo es adorado
Por todos mis compañeros
Único sueño dorado
De estos pobres jornaleros.

Al primer toque de punta
Mi corazón palpitante
Espero tu amable junta
Aquí estoy siempre constante.

Y si al fin esta pasión
Truenas cual un polvorazo
Reventará el corazón
Cual fuerte dinamitazo.

Y si tu padre se opone
Como es probable a la larga,
Le trancaré callapo al medio
Para sostener la carga.

Hermosa como una circa
Quiero tenerte a mi lado;
Yo tu minero absoluto
Tu socavón adorado.

Y así dichosos vivir
Basta ya de cateador
Tú serás mi apajatera
Yo seré tu bucheador.

Tu contestación espero
Como a la pinta deseada
Tu adorador verdadero
Arturo Ruis de Tejada.



EL TIO

José Bravo Riva
Boliviano

Estabas ya
cuando el pasado soplaba del misterio.
Antes de la salobre carabela,
el quinto Rey
y la mita de Toledo.

Te prendió la esperanza en el espanto
con la tórrida plegaria del remisó.
Y en la marcha pendiente del carburo
-locura de temblor fosforescente-
el sudor de copajira
te anudó
sobre la sien sin guardatojo.

Dormido en el muro de alquitrán,
ante la piedra intacta diriges el abismo,
remachas la fatiga,
el eco antiguo de la pesadilla,
la intelección callada,
la verde mueca acumulada y sucesiva.

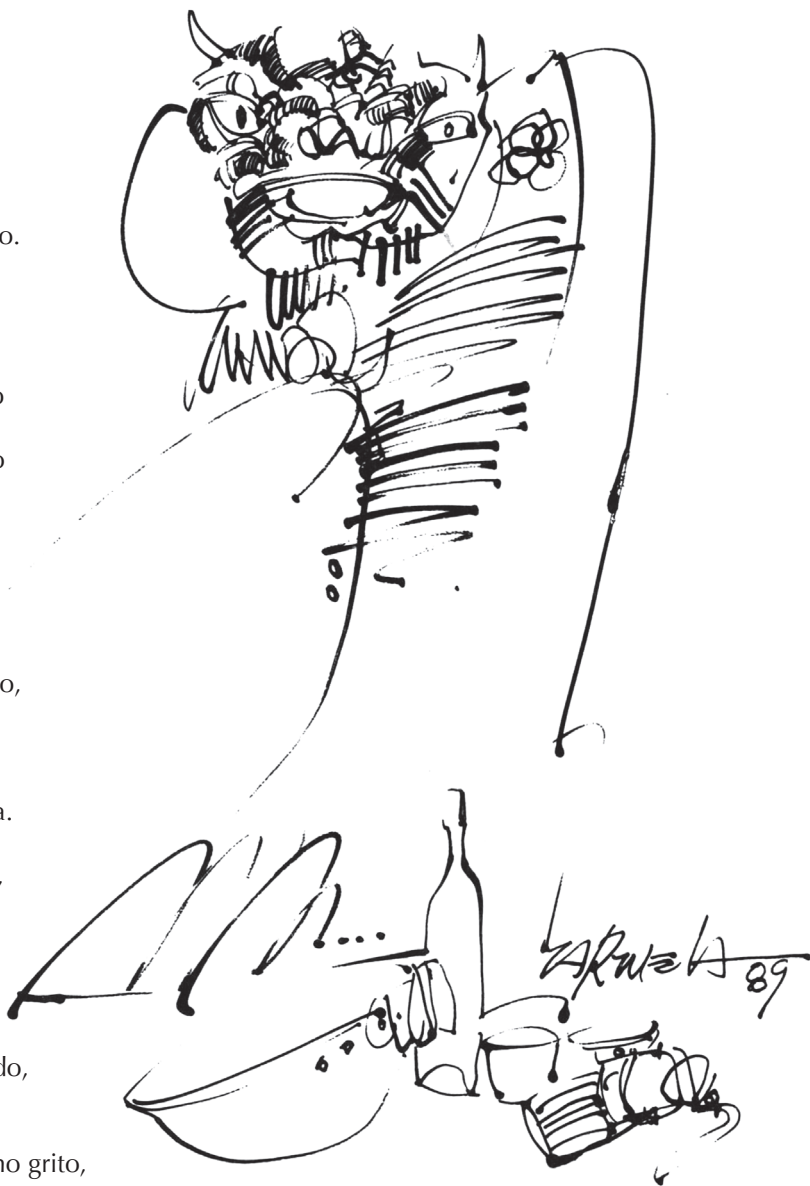
El miedo te forjó soñado en el estuco,
fuerte y rojo, comedido en el relato.
Te aníño en el hueso del cordero
y te forjó en la pared
del estaño, o el fracaso.

Hermano eterno de sombras y colorido,
tuyo es el laberinto tenebroso.
Mío es el polvo, mío su secreto,
la explosión, el acullico deforme como grito,
la asfixia, y su epitafio de ceniza.

El estaño es para otro.

Un día. Mi última presencia
a tu visión de viento subterráneo,
dejará mi despojo de forma condenada
maduro en el pañuelo de la "tinka",
abonado de alcohol,
de ajada coca y de tabaco
a tus pies de piedra y serpentina.

Y no estaré más en el delirio de la sombra,
Ni estallará mi voz en la dinamita,
pero estarás tú . . .
porque estabas ya
cuando el pasado soplaba en el misterio,
señalando el Socavón
que es mi destino.



RESPONSO AL MINERO DE BOLIVIA

Walter Fernández Calvimontes

Boliviano

Inca Yupanqui, Ckaluyo
con vertical de mitayo,
quisiera ser hijo tuyo,
temer la crin del caballo
para atravesar tu orgullo
con el hondazo de un rayo.

Minero de rostro huraño,
señor de polcko y lampiÓN,
minero del desengaño.
Yo sé que tu corazón
es una mina de estaño.

Taumaturgo... escarabajo ...
eres un salto mortal
abierto de un solo tajo.
Unos son el Capital,
tú nada más que el trabajo ...

Caballero del carburo,
mitad hombre y mitad niño,
sigue horadando el oscuro
agujero de tu destino
con el barreno maduro
que te dio Simón Patiño ...
Sigue horadando minero
las venas del socavón...

Sí te hace falta un mechero
clava una mecha de cuero
sobre tu pecho de halcón
y así tendrás un mechero
en forma de corazón

Señor de los socavones,
titán de las bocaminas,
el llanto de tus pulmones
escupió en los paredones
atlánticos de copajiras ...

Palliris y Barreteros...
genios del Mal y del Bien ...

Padre Nuestro que estás en los Cielos,
Tú que lloraste por Jerusalén,
convierte en agua purificadora,
convierte en pan también
tanta roca asesina y destructora
ahora
y en la hora
¡ ¡de nuestra muerte. AMEN ...!!



www.comibol.gob.bo